

de un Montecristo, y por tal convencimiento, se preguntaba qué haría con tanto dinero; él se hubiera conformado con menos, pero ¡qué diablos! una vez que todo aquello llegó á su poder por arte de birlibirloque no había de despreciarlo; volvió á ocultar la cartera en el seno y prosiguió su camino; ahora el temor no era porque lo persiguieran, el miedo le venía por ser poseedor de aquella fortuna, tan mal guardada en su poder, que al menor descuido lo despojarían de ella; dormía en despoblado y evitaba el trato de las gentes; esquivaba los caminos abiertos y se metía por intrincadas veredas y apartados vericuetos; anduvo á campo traviesa algunos días, hasta que el hambre y el cansancio le obligaron á entrar al pueblo que tenía delante; comió en un bodegón de las afueras por caridad de unos buenos prójimos; ya satisfecha el hambre y cumplida la cortesía con un "Dios se lo pague" humilde, cogió para la orilla del río, allí, después de arreglarse con un canoero, ajustó viaje redondo para Cosamaloapan; como advirtiera que traía dinero para pagar, y al dicho arrogante unió la exhibición de algunos de aquellos billetes azules que llevaba en la cartera, el patrón, para no andarse por las ramas, pidió treinta y cinco pesos por conducir al pequeño vagabundo; por parte de Manolo no hubo regateos, aceptó de plano el precio y hubo pasaje á bordo de la canoa como persona que sabe pagar con largueza; el viaje, ni fué largo ni penoso, y en poco tiempo estuvo Manolo en el lugar de su destino; al pagar el pasaje le explicó el canoero (que era honrado á carta cabal) la calidad y valor de los billetes: los verdes eran de á veinte pesos; los azules, de á diez y los achocolatados, de á cinco; Manolo, con ayuda del patrón, contó diez de á veinte, quince de á diez y diez de á cinco; total: cuatrocientos pesos.

Con el resto de este dinero, después de pagado el viaje, se anduvo á la flor del berro por las calles de la villa; se desayunó en el "mercado" con buen pan, rico chocolate y un vasito de leche fresca; tiró sobre la mesa grasienta, con fachendoso ademán, un billete de á cinco pesos y recogió en moneda sonante y cantante la vuelta.

De codos sobre la mesa pensaba en el partido que tomaría de allí en lo adelante; ideó viajes fabulosos que dejaban muy atrás, en peripecias y aventuras, á los de Gulliver y Robinsón; se las prometía galanas con aquella fortuna que traía en la cartera, ya comprando ésto, ya disfrutando de aquello; ora en holgorios tan desconocidos como codiciados en sus días de miseria, cuando en deleites vislumbrados en sus grotescas ensoñaciones de perezoso y baldío; sobre todo ello, le atraía la idea de comprar un reloj, prenda que siempre usaba el dulcero Don Toño y que él, mísero arrapiezo, había deseado más de una vez; casi, casi, estuvo también por comprar una pistola, porque un viajero sin armas es hombre perdido, y más cuando lleva consigo un tesoro; no olvidaría la compra de ropa para dejar aquellos trapos que apenas si cubrían sus canijas carnes, pues ya estaban para pingajos; y se echaría novia . . . ¿y por qué no? . . . *Tripa*, su compañero de ventas por el terruño, con sólo tener algunos pesos en el nudo del pañuelo, ya pelaba la pava con una que le quería y mimaba á hurtadillas de los viejos; pensó en comprarse un puro para redondear el desayuno; pero de acordarse que una vez por poco arroja los hígados al darle algunas chupadas á la tagarnina del "Negro," redujo su deseo.

Estaba en estas y las otras, cuando en la mesá frontera se sentó otro muchacho que llevaba una dedalada de bozo sobre el labio, nuez pronunciada en la garganta y tenía inflexiones broncas y atipladas en su voz de falsete; á poco de fijarse Manolo en el marchante, reconoció al "Bemba," granujilla de su camarada que en muchas ocasiones le acompañó en parrandas y travesuras por las calles del terruño.

Comenzó Manolo por toser fuerte; siguió golpeando con los nudillos en el borde de la mesa . . . ¿que sí quieres? . . . El "Bemba" se hacía el sueco. Entonces Manolo arrebañó con las monedas que traía en los bolsillos y tirándolas sobre la mesa, como para probar su ley, tintinearón tanto que el "Bemba" clavó sus ojos de raposa en el vagabundo . . . . .